

nos prisioneros, por los que tuvo razon de Mocteuhezuma y de su vasto y dilatado imperio, teniendo idea de sus riquezas, porque á estos indios no los hallaron desnudos como los de las antillas, sino vestidos con las mantas de algodón y de otros objetos segun queda descrito el traje de los mexicanos. Al año siguiente, envió el gobernador Velasques á su pariente Juan de Grijalva con cuatro buques y mas de doscientos soldados, quien se acercó á la costa oriental de Yucatan hasta la isla de Cozumel, y de ahí se vino costeando el pais, hasta el islote que hoy se llama San Juan de Ulua, frente de Veracruz y al cual pusieron este nombre porque lo descubrieron el dia del santo de Grijalva, y habiendo hallado dos víctimas humanas acabadas de sacrificar, preguntaron la causa de aquel bárbaro sacrificio y los indios para significar que lo hacían por orden de los mexicanos respondieron Acolhua, Acolhua, con cuyo nombre eran cenocidas las naciones del Valle, por los pueblos mas distantes.

Los gobernadores de los lugares inmediatos á la costa llamada *Chalchihucuecan* hicieron luego unas pintaras que representaban á los españoles, sus buques y sus armas y mandaron la noticia á Mocteuhezuma, quien se turbó mucho de aquella nueva. La generalidad de los historiadores, dice: que el rey mandó reunir su consejo y convinieron en que era Quetzalcohuatl el Dios del aire á quien era tradicion general esperar: y que considerándose todos los reyes, como vicarios y representantes de aquella divinidad, mandaron luego una embajada de cinco personajes con cuantiosos regalos, para felicitar al supuesto dios por su feliz llegada. Pero siguiendo nosotros, la opinion de Veytia respecto de la creencia que generalmente se tuvo del referido personaje, me persuado que no creyeron en la llegada de Quetzalcohuatl, sino en la de las gentes que el mismo profeta les habia anunciado, con la cual estaba de acuerdo la

prediccion de Huemantzin. Y me confirmo en esto, porque los mismos historiadores dicen de acuerdo: que al mismo tiempo dió orden el rey, para que puestas las centinelas en los montes de Nauhlan, Quauhtla, Mistlan y Tochtlan, observaran los movimientos de aquellas nuevas gentes y dieran pronto aviso á la corte de cuanto ocurriese.

Los comisionados mexicanos no pudieron llegar oportunamente, pues los españoles, haciendo en aquella costa el cambio de sus cuentas por el oro de los indios, siguieron costeando hasta la embocadura del Pánuco, de donde regresaron á Cuba.

CAPITULO XI.

Llegada de Hernan Cortés.

El primero que llegó á la Villa de Santiago en la isla de Cuba, donde residia el gobernador fué Pedro de Alvarado, dando una idea muy favorable de la hermosura, fertilidad y riqueza de la tierra que habian reconocido en su viage desde el cabo Catoche hasta la embocadura del Pánuco: acompañando en su relacion una prueba práctica en la diversidad de objetos adquiridos en la expedicion á muy poca costa, entre lo cual llamaba particularmente la atencion, la cantidad de oro, cuyo valor fijan los autores de diez á quince mil pesos: el dicho de Alvarado fué confirmado en todo con la llegada de Grijalva, y ya entonces pensó el gobernador Diego Velazquez en mandar una expedicion mas formal, que utilizara las ricas tierras descubiertas.

Vacilaba Velazquez en la persona á quien confiara esta empresa; y despues de una larga irresolucion, su

secretario Andrés de Duero y el contador real Amador de Laris, le alabaron y recomendaron á Fernando Cortés amigo de los dos. Cortés habia tenido á su llegada á la isla, grandes desavenencias con el gobernador y aun habia tenido que sufrir una prision; pero otras circunstancias restablecieron la amistad entre ambos y Cortés, en el cultivo de un campo que le fué señalado, habia ganado grandes riquezas. Esta feliz posicion, el atrevimiento é intrepidez de Fernando y la gran popularidad de que disfrutaba, decidieron á Velazquez á seguir el dictámen de sus consejeros: y mandándolo llamar le hizo saber su determinacion, que Cortés acogió con crecidas muestras de regocijo, porque nada era mas conforme con su carácter para gozar de la independenciam y vida de aventuras que era lo que ardientemente deseaba su corazon insaciable de riquezas.

Luego se preparó la flota á cuyo equipo contribuyó eficazmente el mismo Fernando, así con sus propios recursos, como con los que le proporcionó su crédito y el de sus amigos: y se componia de once buques de que fué nombrado primer piloto, Antonio Alaminos que habia acompañado á sus viages á Colon: ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados, doscientos indios de la isla, entre los que iba uno llamado Melchor que habia servido de intérprete á Grijalba; algunas indias para preparar el alimento á la tropa, diez y seis caballos, que con dificultad y á muy creoi lo precio se pudo proporcionar; y diez cañones gruesos, con otros cuatro menores llamados falconetes, con el suficiente número de provisiones.

Si no fuera un hecho perfectamente probado en la historia, pareciera increíble, que un tan corto número de fuerza hubiera derrocado la monarquía mas poderosa del nuevo mundo y hubiera sujetado este vasto país á la corona de España.

El primer objeto de la expedicion de Cortés, era rescatar seis españoles, de los caribes que habitaban la península de Yucatan, los cuales fueron hechos prisioneros en sus costas, en el naufragio del infortunado Nicuesa que volvia de una expedicion del Darien: hacer el cambio de efectos por el oro de los indios: procurar su conversion á la fé cristiana, y establecer una alianza entre ellos y el monarca español, lo cual debia servir para tomar exactas noticias de todos los productos del país, el carácter de las diversas razas de sus pobladores, la clase de sus gobiernos, grado de civilizacion de cada uno y reconocer todas las costas, dando de todo noticias exactas para guia y conocimiento de las ulteriores disposiciones.

Con estas instrucciones y provisiones salió Cortés acompañado de los gefes Diego de Ordaz, Pedro Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Alonso Hernandez Portocarrero, Rodrigo Rangel, Juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador, Bernal Diaz del Castillo, con otros muchos caballeros á quienes habian atraido de su patria las maravillas del nuevo mundo, y los capellanes el Lic. Juan Diaz y el religioso mercedario Fr. Bartolomé de Olmedo. Apenas salió la armada, cuando los intrigantes y enemigos de Cortés, dieron principio á enemistarlo en el ánimo del gobernador, en quien se despertó la desconfianza por los antiguos resentimientos con el comandante de la expedicion: mandó luego órdenes al alcalde mayor de la Trinidad, que lo era Francisco Verdugo coñado de Velazquez, para que allí detuyeran á Cortés de la autoridad que se le habia conferido y apriisionándolo lo remitiera para la Villa de Santiago; pero Verdugo en vista de los ánimos de los soldados expedicionarios, no se resolvió á cumplir la orden. Pasó la flota á la Habana, en donde el delegado del gobernador Pedro de Barba, recibió las mismas órdenes de la auto-

ridad de la Trinidad con las cuales no cumplió por las mismas causas; y salió Cortés de aquel puerto con dirección á la isla de Cozumel, el día 10 de Febrero de 1519. Llegaron los españoles á la citada isla, donde por medio de algunos regalos de los objetos de poco valor que llevaban consigo, se fueron atrayendo á los isleños, hasta que lograron emplearlos en la consecucion de sus fines. Mandó entonces á Diego Ordaz con su bajel, acompañado de algunos indios que le proporcionó el cacique de Cozumel, para que fueran á la península de Yucatan á tratar el rescate de sus compañeros de quienes se tenia noticia estaban cautivos entre los caribes. Antes de que Ordaz saliera con el fin indicado, Cortés reunió á toda su gente y le dirigió la siguiente arenga. «Cuando considero, amigos y compañeros míos, como nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad; cuantos estorbos y precauciones dejamos atrás; y como se nos han deseado las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos y entiendo que en su altísima Providencia es lo mismo favorecer los principios, que prometer los sucesos. Su causa y la de nuestro rey, nos lleva á conquistar regiones no conocidas; y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros.»

«No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, acciones increíbles, batallas desiguales en que habreis menester socorridos de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo y asperezas de la tierra en que os será necesario el sufrimiento que es el segundo valor de los hombres y tan hijo del corazón como el primero: que en la guerra mas veces sirve la paciencia que las manos; y quizá por esta razón tuvo Hércules el nombre de invencible y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estáis á padecer y hechos á pelear en las islas que dejais conquistadas; mayor es nuestra empresa y debe-

mos ir prevenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo mas alto de los montes el templo de la Fama y su simulacro en lo mas alto del templo dando á entender, que para hallarla, aun despues de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos.»

«Pocos somos, pero la unión multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere, una la mano en la ejecución, comun la utilidad y comun la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de componer y fabricar la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy y seré el primero en aventurar la vida, por el menor de los soldados; mas tendreis que obedecer en mi ejemplo, que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar un mundo entero y aun me lo promete el corazón con no sé que movimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Alto pues, á convertir en obras las palabras, y no os parezca temeridad esta confianza mia, pues se funda en que los tengo á mi lado y dejo de fiar de mí lo que espero de vosotros.»

Tal es el discurso que Solís hace poner en boca del caudillo español, que con un puñado de hombres se lanzaba á una colosal empresa. Ya está descubierto, que su mira no se limitaba al comercio, que en las costas pudiera hacer con los naturales, ni era tampoco el celo de la conversion de los infieles; sino emprender una conquista, que les diera á todos gloria y utilidad. Parece que fiaba mucho en el auxilio de la Providencia; pero en que podria apoyarse para justificar, no ya ante la falible conciencia de los hombres, sino ante la rectitud infinita de la misma eterna Providencia que invocaba, la usurpacion de millares de pueblos? Sigamos la narracion, antes que perdernos en la difícil tarea de medir la responsabi-

lidad de hechos de semejante magnitud: sus autores han comparecido ante el tribunal de un juez incorruptible que con su sabiduría infinita penetra los humanos corazones y pesa en la balanza de su inalterable justicia hasta la mas mínima de sus acciones. ¡Adoremus los insondables arcanos de su inmensa sabiduría!

Diego de Ordaz salió para Yucatan á desempeñar su comision que no produjo sino el rescate de Gerónimo Aguilar, diácono que hacia ocho años estaba cautivo entre los caribes: y entre tanto, Cortés para divertir el inquieto espíritu de sus soldados, en compañía del cacique y otros naturales, se internó á reconocer el interior de la isla. Visitaron un templo, donde por primera vez, puso en práctica Cortés las instrucciones de destruir la idolatría y sus capellanes se esforzaban en probar á los indios la falsedad de su religion é inclinarlos á demoler sus fingidas divinidades; pero como estos supersticiosos espíritus se resistian á un acto que calificaban de profanacion que seria vengada con terribles castigos, Cortés resolvió la cuestion probándoles lo infundado de sus temores, y á la menor señal, los soldados derribaron aquellos dioses inanimados, erigiéndose allí mismo un altar para dar á conocer el culto de la Virgen María, mostrando á su Divino Hijo que redimió á todo el género humano. Los isleños de pronto prorrumpieron en enormes gemidos; pero convencidos de la impotencia de sus dioses para castigar lo que ellos creyeron el mayor desacato, fueron docilitándose para recibir los primeros fundamentos de la fé católica de boca de los capellanes. En esta misma isla, segun el testimonio de Cortés y de Bernal Diaz, en cuyos testimonios se apoyan Gomara, Herrera y Las Casas fué donde se halló la primera Cruz, de la cual hablamos ya y que era objeto de un culto antiquísimo como Dios del aire: haciendo de pueblos muy remotos, grandes romerías para tributar adoracion al mismo signo

que todos los cristianos veneran como signo de su redencion y signo sagrado de su religion.

Con la ventaja que habian adquirido en el rescate de Aguilar, teniendo ya un intérprete seguro, siguió Cortés su marcha, doblando el cabo Catoche y costeano hasta venir al rio de Tabasco: ahí se vió precisado á anclar sus buques, por el poco fondo de las aguas á la entrada del rio y embarcando en botes una parte de su fuerza, caminó rio arriba hasta encontrar con una multitud de indios dispuestos al parecer á no recibirlos de paz. Cortés sorprendido con aquella inesperada actitud de amenaza y satisfecho por su intérprete de que los indios estaban resueltos á no dejarlo desembarcar, se retiró con sus tropas para preparar su desembarco al dia siguiente.

Al romper el otro dia, vió Cortés las canoas que estaban á lo largo de la costa llenas de gente de guerra, y en ambas riberas un ejército mayor que el de la tarde anterior, ordenado en diversas filas: dió á sus capitanes las órdenes de ataque; pero antes de comenzarlo intimó al enemigo por medio de su intérprete, para que dejara libre el paso de su ejército y cargándolo con la responsabilidad de la sangre que se derramara, providencia necesaria decia el caudillo español «para obrar con total arreglo á la justicia y en obediencia de las instrucciones del consejo real.» Esto dió ocasion al apostólico Las Casas, para decir: que era locura é imbecilidad del real consejo, querer hallar en la repulsa de los indios un buen pretexto para la guerra.

La respuesta de los naturales, fué un general y amenazante grito, acompañado de una nube de flechas. De este acto de natural defensa se hizo depender la justicia de la empresa; y la lucha comensó terriblemente, en la que los indios se repetian sin cesar «herid al gefe;» pero al fin cediendo á la mejor táctica de los europeos y ate-

morizados por las armas de fuego que les eran desconocidas, huyeron á la ciudad de Tabasco, bien fortificada con una muralla de gruesos troncos de árboles puestos en la tierra: ahí se repitió otro sangriento combate en que tambien quedó el triunfo por los españoles y se hicieron dueños de la ciudad.

Cortés dió tres golpes con su espada en un corpulento árbol de Ceiba, proclamando en alta voz, que tomaba posesion de la ciudad para los soberanos católicos: se repitió por los soldados la protesta de defenderla con sus armas de cualesquiera que contradijese los derechos de la corona de Castilla y todo se autorizó por el notario. Esta fórmula quedó adoptada para asegurar la dominacion de todos los terrenos conquistados en el Nuevo Mundo. Despues de esto, y en medio de un silencio sospechoso en toda la ciudad, la tropa se acuarteló en el atrio de un templo y con las preeauciones necesarias, se entregó al reposo ese dia.

El intérprete Melchor, dejando colgados sus vestidos en un árbol, se fugó al campo enemigo, lo cual inquietó mucho á Cortés; y al dia siguiente, mandó reconocer el terreno por dos compañías que marchaban en distintas direcciones. Antes de caminar una legua, uno de los cuerpos exploradores al mando de Francisco de Lugo, lo atacaron con tal ímpetu por todas direcciones, que probablemente hubieran todos sucumbido ante el inmenso número de enemigos; pero los feroces gritos con que los indios acompañaban su asalto, hicieron volver luego sobre aquel punto á Pedro de Alvarado gefe de la otra compañía, á la vez que la fuerza de la ciudad salió á proteger su retirada. Algunos prisioneros que se tomaron ese dia, les hicieron saber que todo el país estaba sobre las armas y que contando con muchos miles de hombres de las provincias vecinas, estaba convenido un asalto á la ciudad para el siguiente dia.

Cortés no queria comprometerse en una guerra dudosa, léjos de la corte de Mocteuhezuma, que era el objeto de su empresa; pero no queriendo fracasar antes de dar principio á su grande obra, determinó no retirarse de allí sin conseguir un completo triunfo, para lo cual á fin de dar la mañana siguiente un combate general, mandó desembarcar el resto de su tropa, los caballos y seis cañones de grueso calibre. Con el primer destello de la mañana, el ejército asistió á la misa y luego marchó contra el enemigo sin esperar el ataque en la ciudad: la infantería se confió á las órdenes de Diego de Ordaz, la artillería á un ingeniero llamado Mesa y el mismo Cortés con los valientes capitanes Alvarado, Velazquez de Leon, Portocarrero, Olid y Montejo, marchó con su pequeña caballería dando una vuelta á las llanuras de Ceutla en que estaba el ejército enemigo, en una estensísima línea que apenas podia abarcar la vista. Luego que la infantería fué descubierta en un terreno incómodo, fueron acometidos con el furor con que siempre lo hacían los indios: en tan inmenso número que se agitaba como las olas del océano dice Prescott, y la nube de flechas que arrojaban, por espacio de una hora estuvo á punto de acabar con el pequeño ejército de Ordaz que se defendia con una resistencia vigorosa. Al fin llegó la caballería por la retaguardia del enemigo, y con la vista de los hombres montados en los caballos que con serles desconocidos hasta entonces, los creyeron unos monstruos, empezó á huir aquella muchedumbre desfavorida: y alentados los españoles, al grito de guerra «Santiago y S. Pedro» herian á derecha é izquierda, esparciendo el terror por todas partes, hasta obtener una completa victoria. «Los ojos de la fé, añade Prescott, pudieron tambien distinguir al mismo santo patron de España, cabalgando en su corcel blanco de guerra, dirigiendo el combate y hollando los cuerpos delos mori-

bundos infieles.» Otros autores aseguran, que Cortés supuso ser S. Pedro su santo tutelar; pero Bernal Diaz en el cap. 34 de su historia exclama «pecador de mi que no se me permitió ver en esta ocasion á ninguno de los dos apóstoles.» El dia de la accion fué el 25 de Marzo y en honor de la Virgen Madre del Redentor, se mandó fundar allí una ciudad llamada «Santa María de la Victoria.» Luego que la accion concluyó, Cortés y sus soldados se dirigieron á un bosquecillo de palmas, á cuya sombra rindieron acciones de gracias al Todopoderoso. Luego acarició á los prisioneros, entre los que estaban dos gefes, y dándoles libertad les mandó proponer la paz á sus compatriotas si venian á prestarle sumision; pero que de lo contrario arrasaria el pais pasando á cuchillo á todos sus habitantes. A esta proposicion fueron los principales gefes acompañados de una numerosa comitiva, llevando algunos regalos no muy cuantiosos, veinte mugeres que el gobernador destinaba para el servicio de los españoles, entre las cuales iba la célebre D^{ña} Marina. Esta india célebre por su raro ingenio, descendia de una familia noble, del pueblo de Goatzacoalcó: su padre feudatario de la corona de México y señor de muchos pueblos, murió dejando muy pequeña á su hija; la madre contrajo segundo matrimonio con otro noble del cual tuvo un hijo; y queriendo hacerlo dueño de toda la herencia, ambos convinieron en vender á la niña como esclava; haciendo el duelo como si hubiera muerto, para lo cual se valieron del cadáver de una jóven esclava. Marina fué vendida á unos mercaderes xicalancas y estos la vendieron á la ciudad de Tabasco, de donde el gobernador la entregó á Cortés, á quien sirvió de intérprete por su conocimiento en las lenguas maya y mexicana, habiendo aprendido muy pronto la española: tambien recibió el bautismo, donde se le dió el nombre de Marina, que los mexicanos pro-

nunciaban Malintzin con la particula reverencial, y que despues los españoles corrompieron en el de Malinche, con el que es generalmente conocida. Sirvió fielmente á los españoles, cooperando á librarlos de muchos riesgos y facilitarles su triunfo; á la vez que por la simpatía con los naturales, contribuyó mucho para aliviar sus infortunios, y con justicia fué siempre respetada su memoria, por conquistadores y conquistados. Mas tarde, Cortés la hizo entrar con él en una union ilícita, de la cual resultó el infortunado D. Martin Cortés, que murió en México, siendo víctima de una infundada acusacion.

Estando ya restablecida la confianza en los tabasqueses, dispuso Cortés su salida para el dia siguiente que era Domingo de la semana mayor, llamado de ramós: por la mañana se formó en procesion solemne todo el ejército, llevando cada uno sus ramos de palma, cuyo concurso se aumentó con millares de indios que Cortés tuvo cuidado de hacer venir, para que en medio de una fiesta tan solemne de la Iglesia católica, recibieran la primera semilla de la fé. La comitiva se dirigió al templo principal, del cual se habian arrojado los ídolos, erigiendo en su lugar un altar á la Madre de Dios, donde se celebró por el P. Olmedo el santo sacrificio que borra los pecados del mundo y desarma la justicia del terrible Jehová. Algunos soldados entonaron los cantos sagrados para acompañar las ceremonias del sacerdote; y en medio de aquel profundo silencio, la magestad de las ceremonias cristianas, la dulzura de los patéticos cantares y sobre todo la gracia que se derramaba de la sagrada víctima, heria muy vivamente los sencillos corazones de los hijos de la naturaleza, que no olvidaron aquella solemne fiesta, y estuvieron prontos á recibir las instrucciones de una religion, que por la eficacia del sacrificio, amaban ya antes de comprenderla.

Concluida la fiesta hubo un momento de expansion entre indios y españoles, como si sus corazones estuvieran ya unidos por los vínculos de una fé comun: se hicieron mútuos regalos; y los soldados castellanos, con sus ramos de palma volvian á sus embarcaciones satisfechos de su expedicion y ansiosos de llegar á la corte del famoso Mocteuhezuma; aunque temian bastante su poder que tanto ponderaban todos los pueblos.

Caminó la flota por el golfo á poca distancia de la costa, reconociendo sus tortuosas orillas; las aguas se mantenian en una apacible calma; y al débil impulso de una suave y deliciosa brisa llegó la armada española la tarde del juéves santo, al frente de la provincia de Chalchihucuecan, lugar que agradó al comandante español para efectuar su desembarco y mandó anclar sus naves á sotavento de la isla de S. Juan de Ulúa.

CAPITULO XII.

Desembarco de Cortés y negociaciones con Mocteuhezuma.

Apenas se situaron los buques españoles en el lugar donde anclaron, cuando se desprendió de la costa una gran piragua con algunos de los muchos naturales que observaban la llegada de los extranjeros; se dirigieron á la nave en que las insignias reales indicaban estar el gefe, presentándole un regalo de flores y frutas; pero queriendo Cortés entablar con ellos conversaciones, se halló con que su idioma no era entendido por el intérprete Aguilar. Mucho contristó á ambos esta circunstancia; mas advirtiéndole su turbacion D^a Marina, dijo en lengua maya, lo que los indios habian dicho en la mexicana,

lo cual trasmitió Aguilar á Cortés en español. De esta manera se siguió valiendo el conquistador de los dos intérpretes, hasta que el uno comprendió el mexicano y la otra el español.

Impuesto Cortés de las noticias que deseaba, los mandó avisar á Teuhtlile gobernador de su provincia, del deseo que tenia de hablar con él: y la mañana siguiente cuyo dia era Viérnes santo, desembarcó la fuerza en el lugar en que se fundó la ciudad que hasta hoy es conocida con el nombre de Veracruz. En aquel hermoso plano de arena, se construyeron chozas con troncos y ramas de árboles, con el auxilio de los indios: se plantó en el centro del campamento una gran cruz de madera; y en los bancos de arena que habian formado los huracanes, se colocó la artilleria, dominando aquella extensa y arenosa playa. Los indios de los lugares inmediatos venian cargados de toda clase de objetos, de los cuales unos regalaban y otros cambiaban por las baratijas de los españoles, pasándose así dos dias en una pacífica y alegre feria.

El Domingo de resurreccion llegó Teuhtlile con gran acompañamiento en los momentos que se iba á celebrar la misa, á la cual asistieron mezclados los españoles y los indios: despues Cortés obsequió al gefe indígena en su tienda y le manifestó ser súbdito de un poderoso monarca á quien obedecian príncipes y reyes, y el cual teniendo noticia del poderoso rey Mocteuhezuma, lo habia mandado para entablar con él comunicacion y presentarle un regalo que lo asegurara de su amistad. Teuhtlile se sorprendió de saber que hubiera un rey tan poderoso como el suyo y ofreció hacerle saber al monarca mexicano la pretension del comisionado español, despues de lo que le presentó unos regalos que consistian en dos cargas de ropas finas de algodón, algunos preciosí-